
POR UN «SITUACIONISMO SISTEMICO».

LA TEORIA DE SISTEMAS SOCIALES Y EL ANALISIS INSTITUCIONAL EN EL ESTUDIO DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

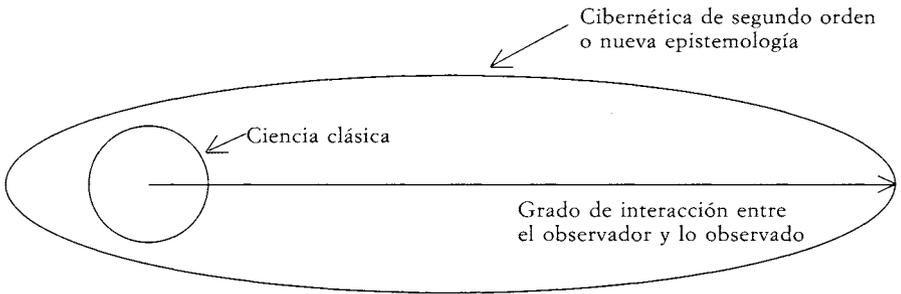
Francisco Javier Noya Miranda
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN. *Es bien sabido que la teoría social y la investigación empírica en ocasiones padecen de un síndrome de indiferencia recíproca. Esta lacra se propaga desde algunos de los objetos clásicos de estudio sociológico a los más novedosos. Y así, por ejemplo, en nuestra comunidad científica apenas se dan reflexiones sobre la metodología apropiada de análisis de un objeto tan lábil como los llamados «nuevos movimientos sociales» (n.m.s.). Con este artículo se pretende contribuir, en lo posible, a paliar el desencuentro aludido en este ámbito de estudio. Tras una discusión somera del concepto de n.m.s. en clave sistémica, la estrategia que se sigue es la de establecer tentativamente los prerrequisitos metodológicos de la investigación constructivista de los n.m.s. conjugando el hiperempirismo institucionalista francés con el hiperteoreticismo de los sistemas sociales autopoieticos en la propuesta de un «situacionismo» sistémico. El resultado que se alcanza es, parafraseando a Habermas, la postulación del ideal metodológico regulativo de una «situación ideal de investigación», la del «anizador» como «hiperciclo situacional», y la determinación de algunos de los parámetros posibles de su validación pragmática.*

«Les systèmes autonomes produisent leurs vérités et leurs règles spécialisées selon leurs critères internes. Je propose d'abandonner la recherche d'une supervérité ou d'une hyperrègle, et, au lieu de cela, de commencer une recherche plus modeste et plus dure: la construction de procédures qui permettent un discours intersystémique.»

(Helmut Willke, 1989: 177.)

En la metodología constructivista de la «cibernética de segundo orden» o «cibernética de los sistemas observadores» se estipula como central el principio autorreferencial de inclusión explícita, en la descripción de la observación, del observador y sus instrumentos de observación; en virtud de lo cual, «one can begin to think about a social theory which indeed includes the participants, the elements of the social system, in the theory of the system» (Von Foerster: 105). En el constructivismo, como filosofía de la nueva cibernética, se perfila un esquema epistemológico maximizador de la interacción entre el observador y lo observado que S. Umpleby (p. 142) presenta gráficamente así:



Esto, que en la teoría de sistemas autónomos, autopoieticos, autorreferenciales, autoorganizados, etc., constituye un punto de llegada sin retorno, en el estudio empírico no es, sin embargo, más que un punto de partida, un problema que redundaba en la cuestión: «what next?» (F. Steier: 131), «¿qué sigue?». En nuestro caso, ¿cómo introducir la metodología constructivista en el programa de investigación empírica de los movimientos sociales como sistemas autopoieticos?

La búsqueda de reglas e instrumentos de operacionalización del principio, una vez puesto de manifiesto cierto déficit empírico más o menos patente en las distintas versiones de la teoría de sistemas autopoieticos, obliga a la prosecución de un intento de perfilar las condiciones de posibilidad de la investigación sociosistémica siguiendo los hallazgos prácticos del «Análisis Institucional» francés de los años sesenta-setenta; en particular, mediante su utillaje nodal: el «anализador social». Nuestro *parti pris* es, por tanto, suponer que quizá se pueda *tirer parti* para los abstractos modelos cibernéticos de autopoiesis de las en ocasiones esotéricas intuiciones metodológicas —a veces difusas y contradictorias, pero en todo caso siempre «concretas»— de esta escuela de análisis caída en el olvido y cubierta por el polvo de su carácter, por «práctico/concreto», intrínsecamente coyuntural.

¿En qué medida, en la indagación de instrumentos de operacionalización para la investigación empírica de los nuevos movimientos sociales, la teoría

de sistemas autopoieticos puede aprovecharse de la experiencia del «análisis institucional»?; ¿más de lo que, por ejemplo, en su reconstrucción del materialismo histórico en clave individualista metodológica puedan haberlo logrado los austeros marxistas analíticos anglosajones respecto al exuberante estructuralismo althusseriano?; con la línea de complementación que proponemos, ¿le es factible a la teoría de sistemas descubrir algo más que sencillamente «con cuánta elegancia —y evasividad— puede llegar a ser utilizada la lengua francesa»? (G. A. Cohen: X).

El texto de este artículo pretende ser un ejercicio analítico de fijación de las bases de una respuesta constructivista al desafío que para los modelos de sistemas autopoieticos supone la operacionalización de la investigación de nuevos movimientos sociales. No es nuestro objetivo discutir y criticar «internamente» las distintas versiones de teorías sociosistémicas —autopoieticas o no— de los movimientos sociales —«clásicos» o «nuevos», ni mitigar «exteriormente» en lo posible la «incontrolada y extravagante fantasía teórica» y el carácter muchas veces «puramente metafórico» (D. Zolo, 1986: 39) de éstas, como de algunas otras, extensiones de los modelos de la teoría social de sistemas.

Lo que perseguimos es la operacionalización de la teoría sociocibernética de los (nuevos) movimientos sociales como sistemas autopoieticos, para lo cual recurrimos, como fulcro sobre el que hacer palanca, a una metodología de investigación que, a pesar de estar originariamente formulada y practicada bajo la égida sociopsicoanalítica, contiene un núcleo embrionario irreductiblemente sociosistémico en su fundamentación de la noción de «anizador». Esta, convenientemente «gestada» mediante una radicalización de su contenido constructivista en términos de «hiperciclo» (E. Jantsch), puede proponerse como fórmula inicial de intervención entre sistemas autopoieticos —la investigación científico-social de los nuevos movimientos sociales—, con lo cual, creemos, se ganaría para el haber de la teoría de sistemas sociales una medida de operacionalización que, siendo empíricamente muy prometedora, en su momento no se reveló tan fructífera por adolecer de inconsistencias inmanentes con origen en su planteamiento teórico-social rudimentario, insuficientemente elaborado.

Esta tentativa metodológica de «reconstrucción constructivista» del «anizador social» como hiperciclo de intervención «interdiscursiva» entre sistemas autorreferenciales —la ciencia y los nuevos movimientos sociales— sería únicamente un primer paso en el proyecto de operacionalización empírica de la teoría de sistemas autopoieticos para la investigación teórico-social de los nuevos movimientos sociales. Este primer paso es la tarea que acometemos sumariamente en este ensayo, cuyo alcance, por tanto, está limitado a la reflexión metodológica y no a la propuesta de técnicas de investigación acabadas y definitivas.

I

A. Rapoport, en su *General Systems Theory* (pp. 79 y ss.), atribuye a la labor de determinación de los mecanismos objetivos de la preservación de un sistema —«the “objective” aspects of “systems”»—, un papel clave dentro de la teoría de sistemas y, más en particular, del paradigma de la identidad «no humanista» de los modelos de autopoiesis. En la misma línea, la caracterización de los sistemas sociales de P. M. Heijl en su «teoría social constructivista» enfatiza aquellos aspectos de la sociocibernética relativos a la autoidentificación de los sistemas, a la autoconstrucción y la continuidad de su identidad. D. Fabbri (p. 101) caracteriza incluso al constructivismo por su exigencia de una nueva definición del concepto de identidad centrada en la autorreferencia. La oposición entre «realismo» —esencialismo— y constructivismo con la que S. Umpleby (p. 141) distingue a la epistemología cibernética de otras teorías previas de la ciencia —como el falsacionismo popperiano o el historicismo kuhniiano— se salda, por tanto, en el decantamiento constructivista por la «caracterización explícita del mecanismo de identidad de un sistema» (F. Varela, 1987: 90).

Este programa de investigación constructivista, empezando por el postmarxismo incluso, se ha incorporado a la teoría de los movimientos sociales (véase figura 1); J. L. Cohen lo ha categorizado como «paradigma orientado a la identidad», en contraposición con las teorías de la «elección racional», de la «privación relativa» y de la «movilización de recursos», que se encuadrarían en el «paradigma orientado a la estrategia».

Si bien en ambos casos el concepto de identidad no es totalmente equiparable, lo cierto es que, con este giro copernicano en el estudio de los movimientos sociales, la teoría social de los movimientos sociales como sistemas autopoieticos se instala entonces, con derecho propio, en el crisol de la catalización de un paradigma incipiente de investigación¹.

No podemos dar cuenta aquí de toda la variedad y complejidad conceptual de las distintas teorías de la autopoiesis de los sistemas sociales y de sus derivaciones en los enfoques de los movimientos sociales desde el paradigma de la autopoiesis. Estos últimos han empezado a proliferar muy recientemente (véase figura 1, cuadrante intermedio), centrándose cada uno en un aspecto particular —aunque no sin solapamientos ni desavenencias— de la teoría o del movimiento.

¹ Cfr. Ibáñez para un recorrido por la panoplia de modelos constructivistas actualmente implementados en las ciencias sociales. No se puede ignorar, de todas formas, que la reflexividad, la recursividad y la autorreferencia no son un patrimonio analítico exclusivo de los enfoques de la teoría de sistemas sociales, aunque sea ésta la que más profundice en estos fenómenos, por ejemplo, para el estudio de los movimientos sociales. Para una exposición y crítica de las distintas perspectivas sobre la reflexividad social surgidas desde las teorías de la acción del individualismo metodológico y, sobre todo, del interaccionismo simbólico, cfr. Lamo de Espinosa.

FIGURA 1

Teorías constructivistas de los movimientos sociales

	<i>Constructivismo cibernético**</i>		
	<i>Aprendizaje (praxis)</i>	<i>Función (poiesis)</i>	<i>Constructivismo fenomenológico*</i>
Movimiento social	W. Heydebrand K. Eder M. Miller	Von Cranach Ahlemayer Luhmann Japp	Holzner Touraine Pizzorno
Movimientos sociales clásicos	Reinicke Vester Eder	Martins	G. S. Jones E. P. Thompson A. Przeworski
Nuevos movimientos sociales	Eder	Nedelmann Japp Bergmann Luhmann Hegedus	Laclau-Mouffe Touraine Melucci

* «Acción social constructiva».

** «Sistema social autopoietico».

Para unos autores, la cuestión fundamental es la de la unidad y la especificidad del movimiento frente a otros tipos de cierre social autorreferencial. Lo que distingue —de la organización o la interacción— como sistema social al movimiento social es que éste constituye «un sistema de comunicación que procesa autorreferencialmente operaciones de movilización» (Ahlemeyer: 188); es decir, el tener un mecanismo de cierre operativo diferencial. Para otros, lo interesante es la homología funcional con otras clausuras autopoieticas: así, para Luhmann (1984), el movimiento social comparte con el derecho la función de aparato de inmunización del sistema social, con lo cual la teoría del movimiento viene a postularse, en último término, como parte de una teoría más general del conflicto como sistema autopoietico reproductor de la unidad del sistema (véase Cotesa: 61). En otros teóricos, el enfoque de sistemas autopoieticos, al responder a la pregunta «¿qué es un movimiento social?», incide sobre el tipo de semántica, el tipo de esquematismo binario autoidentificador, la *distinction directrice* que se pone en movimiento en el código de comunicación del movimiento (Bergmann); mientras que en otros autores esta última tarea estaría subordinada a otra, sería secundaria, pues la finalidad explícita del movimiento, los objetivos manifiestos de la movilización, en realidad no son sino «teleologización de la crisis»: el motivo de la acción es una

«coartada», un mero símbolo de lo que es la realidad del movimiento, la operación de autopoiesis en sí (Japp).

La multiplicidad de modelos de autopoiesis de los «movimientos sociales en general» se contagia exponencialmente al estudio particular de los «nuevos movimientos sociales»². En este caso, son quizá los críticos «constructivistas no cibernéticos» de la teoría de sistemas autopoieticos los que con mayor precisión han sabido sintetizar la aportación de la sociocibernética al «paradigma centrado de la identidad» de los movimientos. Para Melucci (p. 829), la originalidad está en poder contemplar a los nuevos movimientos sociales como procesos de «autonomización» de un nuevo sistema «respecto al sistema político», como emergencia de un «subsistema específico». Paralelamente, Haferkamp, en su recensión de los escritos de Luhmann sobre la cuestión ecológica y el movimiento ecologista, afirma que con este tipo de movimientos se culmina la autonomización de nuevos subsistemas sociales:

«al igual que la economía se emancipó en su día de la política, igualmente la ecología bien pudiera haberse emancipado hoy de la economía, el derecho, la política, la religión, la educación y la ciencia en un proceso de autocatalización, hasta convertirse en un nuevo sistema autopoietico» (Haferkamp, 1988: 425).

En la investigación empírica, sin embargo, la diferenciación del objeto no ha parecido concretarse en una discusión del método de investigación. La operacionalización de los modelos de teoría sociocibernética de siste-

² Si se quiere, nuestra argumentación es hasta cierto punto «ficcionalista»: para la investigación de sus componentes no aprehensibles por el análisis «estratégico» convencional operamos con los nuevos movimientos sociales *como si* fuesen sistemas autopoieticos, un hecho social con componentes no desdeñables de «autotelos», autorreferencia y autonomía relativa respecto al «ambiente» social, es decir, no reductible en su totalidad a un producto de la estructura social de las desigualdades de clase, por ejemplo, al contrario de lo supuesto implícitamente por aquellos teóricos que tildan los nuevos movimientos sociales de meros movimientos representativos de los intereses materiales de las nuevas clases medias. No es un objetivo de este artículo, es decir, no advertirá, extenderse abundantemente ni sobre los logros ni sobre las zozobras epistemológicas y conceptuales de la multitud de teorías sociales de sistemas autopoieticos. En cualquiera de las obras fundadoras de Luhmann o Teubner, o en la más divulgativa de Izuzquiza, podrá encontrar el lector una guía adecuada y diversos registros de lectura. Recurrimos a la teoría de sistemas en el artículo de manera «instrumental» y puntual, en el marco del ejercicio: veamos si se pueden resolver algunos de los problemas metodológicos de la investigación social mediante la aplicación de determinadas nociones de la teoría de sistemas. Para lo cual ponemos entonces entre paréntesis las brumas de la teoría de sistemas hasta cierto punto secundarias en la estrategia de planteamiento del problema. Corremos un «velo de ignorancia» condicional sobre aquéllas, empezando por las mismas dificultades de la extrapolación de las nociones de autopoiesis o autoproducción de los sistemas biológicos a los sistemas sociales, o de la comprensión de la relación entre el sistema y el ambiente, entre la apertura y el cierre de los sistemas autopoieticos —¿cómo pueden los sistemas cerrados ser sistemas abiertos al mismo tiempo?

mas autopoieticos en su aplicación a los nuevos movimientos sociales se lleva a cabo con una metodología constructivista limitada por impedimentos internos a la misma construcción de una teoría fetichizada, implícitamente autonomizada del campo de la empiria.

De todos sus posibles ámbitos de aplicación, es posiblemente el del análisis de los nuevos movimientos sociales uno de aquellos en los que se pone más en evidencia el *theory-research gap*, el desfase entre la teoría de la investigación y la investigación teórica (Menzies: 4), en el que incurre la teoría de sistemas autopoieticos; en la investigación empírica de los nuevos movimientos sociales se amplifica con resonancia innegable un déficit empírico que V. Druwe (p. 768) expone acertadamente:

«La “teoría de la autopoiesis” es en realidad un “modelo”. Para convertirla en una teoría —en el sentido auténtico, de la teoría de la ciencia— hay que exigirle que operacionalice empíricamente sus conceptos.»

Nuestra sugerencia es que la exigencia de operacionalización en la investigación de los nuevos movimientos sociales puede satisfacerse «interiormente», en el marco de la epistemología constructivista inherente al mismo modelo, si se consigue ensanchar convenientemente el constructivismo autopoietico hasta incorporar a él, consistentemente reconstruidos, otros «constructivismos —ver figura 1— de los movimientos sociales» poseedores en sus modelos de una capacidad de operacionalización potencialmente muy alta. ¿Cómo?: bajo el paraguas de la metodología de los analizadores. El analizador se propone entonces como metodología de operacionalización capaz de dotar potencialmente a los modelos autopoieticos de los nuevos movimientos sociales de instrumentos de investigación validadores del estatuto teórico de los modelos. El empeño es, pues, supuesto el carácter del modelo, ampliar éste con una metodología de operacionalización derivada del antecedente del «analizador».

En el siguiente apartado presentamos la formulación que del «analizador» hace originariamente el «análisis institucional» francés, que nosotros reelaboraremos hasta lograr la base para una síntesis consistente de «constructivismo teórico-autopoietico» y «constructivismo empírico» (véase K. Knorr-Cetina, 1988, para la delineación eficaz de una comparación entre estos tipos de constructivismo, teniendo en cuenta que el tipo de constructivismo empírico de la sociología de la ciencia al que la autora se refiere es sólo un tipo más, y no el único, como parece pretender).

II

Sería falaz dar cuenta del heteróclito «análisis institucional» francés de los años sesenta y setenta (A.I.) como «programa de investigación científica» con un núcleo homogéneo y consistente. Lo que haremos, sin embargo, en el estrecho margen de este artículo será limar aristas y salientes, neutralizar la dispersión conceptual del A.I. y presentar aquellos de sus desarrollos que permitan asomar en él rasgos incipientes de un «constructivismo cibernético empírico» *avant-la-lettre* y abran las puertas de una integración legítima de la metodología de los analizadores en el *corpus* de la investigación sociocibernética de los nuevos movimientos sociales. Ello si es que se logra salvar el obstáculo que implica la reconstrucción sistémica y sistemática de un discurso asistemático «que oscila entre el habla crítica y el habla poética, reproduciendo así el itinerario de los movimientos de vanguardia que, como el surrealismo, tropezaron con la contradicción entre el discurso intelectual, cargado de referencias a Marx, Hegel o Trotsky, y el discurso esquizoanalítico de Artaud o el de la escritura automática» (H. Conde Rodrigues, en VV.AA., 3: 97).

En la figura 2 hemos perfeñado una provisional ordenación jerárquica del caótico acervo categorial del discurso metodológico del A.I., poniendo éste en paralelo con el patrón de la teoría de sistemas sociales autopoieticos hasta establecer una serie de correspondencias hipotéticas presididas por una clave hermenéutica de orden superior en ambos modelos: la teoría sociopsicoanalítica cumple en el A.I. la misma función de fundamentación del principio de autorreferencialidad que la «teoría de la autopoiesis» cumple en la teoría de sistemas sociales. Este «principio de correspondencia» ha sido establecido en términos más generales —para el psicoanálisis y la sociología— por G. Naegeler en su interpretación cibernética de la «identificación proyectiva» de la constitución de la subjetividad —del «sistema psíquico», diría Luhmann— como trasunto de los procesos de cierre sistémico dados en la adaptación de los organismos a su entorno.

La fundamentación psicoanalítica del A.I. no se puede obviar. Para G. Lapassade (VV.AA., 1: 63-64), «la Institución es en el campo social lo que es el inconsciente en el campo psíquico», por lo cual el A.I. es para sus practicantes una «investigación activa sobre el inconsciente institucional» (*ibid.*: 64), sobre un «ello inmanente a lo sociopolítico-económico» (G. Barembliit, en VV.AA., 3: 25) resultado de un supuesto proceso de represión social³.

³ Esta impronta psicoanalítica en el análisis institucional de Lourau o Lapassade, manifiesta sobre todo en la cimentación y edificación de la categoría del inconsciente institucional, es la marca diacrítica que individualiza a esta corriente en el conjunto de las corrientes metodológicas científico-sociales antipositivistas, en las que prevalece hegemónicamente el acento marxista dialéctico. Probablemente sea la llamada «investigación-acción», con la *action research* de los años cuarenta y cincuenta en los USA y Gran Bretaña como antecedente y los desarrollos posteriores en el campo de la pedagogía (social) en los años sesenta y

FIGURA 2

Cibernética fenomenológica

<i>Análisis institucional</i>	↔ <i>Teoría de sistemas</i>
Grupo	Interacción
Organización	Organización
Institución 1	Sociedad
Momento de la universalidad- desviación ideológica	Autobservación
Momento de la particularidad- desviación libidinal	Autoconstitución
Momento de la singularidad- desviación organizacional	Autopoiesis
Institución 2	Sistema social
Inconsciente social	Comunicación
Momento de la institución	Doble contingencia
Institucionalización como represión que produce el inconsciente social	Institucionalización como reducción de la complejidad
Transversalidad <i>vs.</i> serialidad	Autorreferencialidad <i>vs.</i> alorreferencialidad
Descentramiento radical	Policontextualidad / sociedad sin centro
Analizador histórico	<i>Distinction directrice</i> / esquematismo binario
Analizador natural	Medios simbólicos generalizados de comunicación
Analizador construido («implicación»)	Intervención como «transferencia contextual»

setenta, la corriente «dialéctica» con la que el análisis institucional comparta un «compromiso ontopraxeológico» (aspiración a la sinexión investigación-práctica de transformación) más radical. Central en ambas tendencias sería la operacionalización de una metodología articulada en torno al algoritmo iterativo, cíclico de estructura:

Investigación → Acción → Investigación → Acción...

en la que se entrelazan el proceso de aprendizaje del investigador y el proceso de aprendizaje del investigado (véase Himmelstrand para un análisis de las virtualidades y las realidades de la investigación-acción desde la epistemología de las ciencias sociales, útil también para la mejor comprensión de las oscuridades del análisis institucional en los aspectos en que ambas metodologías se solapan).

El cambio de paradigma que se dio en la historia del A.I. para la resolución de lo que los analistas llaman «problema de los tres niveles: grupo, organización, institución», que supuso el paso de la conceptualización de la «institución» —«institución 1» en nuestra figura 2— como peldaño más, de nivel superior, en una ontología social jerárquica, a la conceptualización de la «Institución» —«institución 2» en la figura 2— como un metanivel que vertebra transversalmente (*transversalité*) el resto de las categorías..., este cambio de paradigma lo que vendría a sancionar sería, precisamente —pensamos—, la autonomización de lo social en forma de autorreferencialidad de la Institución, del Inconsciente social.

Lo que estaría subyaciendo a la solución de la Institución como Inconsciente social —«dimensión fundamental que atraviesa y funde a todos los niveles de la estructura social» (Lourau, en VV.AA., 1: 32)— es una intuición sociocibernética, apenas esbozada, por la que se vertebra en semántica psicoanalítica aquello que Y. Barel (pp. 20 y ss.) estudia como relación entre la «autonomía de lo social» —esto es, la «institución 2» como nivel heterogéneo respecto a los otros niveles— y la «autonomía dentro de lo social» —la diferenciación de la «institución 1» en una jerarquía homogénea—. El «inconsciente social» del A.I., su noción de institución, es un correlato, vinculado a la práctica de la intervención, de la noción teórica de «institución autónoma de la sociedad» de C. Castoriadis (pp. 440 y ss.).

El «momento de la institución» —*moment de l'institution*— es, en última instancia, cierre autorreferencial de la comunicación del sistema social que el A.I. aspira a aprehender como «analizador natural» en su intervención sobre el inconsciente institucional.

Pero la viabilidad del A.I. para sus defensores acérrimos no pasa empíricamente de forma necesaria, como *sine qua non* de la investigación, por una «teoría general de los analizadores» (R. Lourau, 1980: 152), al contrario de la epistemología teórica —y no «práctica»— de la sociocibernética de la autopoiesis. Para el A.I., efectivamente, «la Institución tiene una existencia trascendente, pero sólo puede hacerse visible mediante intervenciones puntuales» (J. A. Schüleín: 113). Y esto porque el A.I. concibe su intervención sobre la institución como un tipo más de «analizador», sin «privilegios ontológicos» respecto a los analizadores «naturales» e «históricos», a la autoobservación de la institución. En ello consiste el «descentramiento radical» (G. Lapassade, en VV.AA., 1: 23) de la metodología del analizador construido, el «nuevo espíritu científico» que éste patentiza: en que «el descubrimiento del inconsciente institucional no está ligado a la intervención sino también al trabajo de los analizadores naturales y los analizadores históricos de las instituciones» (G. Lapassade, en VV.AA., 1: 64). El analizador construido en la intervención es observación —alo-observación del analista— de observaciones —autoobservación de la institución—, inclusión «construida» en la autopoiesis «natural» e «histórica» de la Institución, en la «historia natural» del Inconsciente social.

Esta fungibilidad de las observaciones lleva el A.I. a un recelo a ultranza de la Teoría, a la descalificación de ésta como represión en cuanto aspire al *status* lógico de metaobservación, de observación de «tipo lógico» superior al resto de las «observaciones»; por lo cual, como escribe un crítico del A.I.,

«el A.I., que es el único susceptible de hacerlo, no es apto para forjar el “concepto” de analizador. O más bien, si es una teoría de las instituciones, el concepto de analizador no puede más que escapársele» (M. Authier, en VV.AA., 1: 52-53).

La intuición de la autopoiesis de lo social en forma de «inconsciente social» arroja, como resultado del A.I., la paradoja de su autonegación como teoría: la autoconstrucción de la Institución es la autodestrucción del A.I., la imposibilitación de una modelización de lo social a través del «analizador construido». Como consecuencia de la negación de cualquier superioridad epistémica a la observación del analista, la autopoiesis del inconsciente social en la Institución hace suya como autoobservación la observación externa del analista. «Las instituciones aparecen como reveladoras, catalizadores de sentido: realizan ellas mismas el análisis. El analizador no es un catalizador neutro, sino que en cualquier situación micro o macro hace emerger el saber y el no-saber de la sociedad acerca de sí misma» (R. Lourau, en VV.AA., 1: 49).

Ligado a cada institución particular en la que se autoconstruye el «inconsciente social», el concepto de analizador es, por lo tanto, necesariamente «práctico/concreto» —como acierta a adjetivar J. A. Schüleín (pp. 105 y ss.)—. El constructivismo del A.I. es «trágicamente» —necesidad del desenlace independiente de la voluntad del actor— empírico, debido a su fundamentación implícita protosistémica del «inconsciente social» en la «contingencia de lo social-histórico-autónomo» (J. P. Dupuy: 178), en una ontología sistémica de la contingencia al psicoanalítico modo. J. Pluymaeckers basa, consecuentemente, su reciente aproximación del contenido sociopsicoanalítico del A.I. a la teoría de sistemas exactamente en la cuestión de la determinación práctica/empírica de la investigación institucional:

«¿cómo puede la institución devenir una práctica, es decir, estar centrada sobre lo singular del acontecimiento? El enfoque sistémico, con su interés por la lectura de la complejidad, abre aquí pistas interesantes» (Pluymaeckers, 1989: 25).

El analizador es, en primer lugar, antes que nada, un «análisis de la situación» (J. Ardoíno, en VV.AA., 2: 25), un instrumento empírico forjado contextualmente, en el que se da una fuerte «interligazón entre investi-

gación e intervención» (R. Lourau, en VV.AA., 2: 103). El A.I. se autotematiza recursivamente como «Praxis» y no como «Teoría», por lo cual en el «analizador» la metodología de la investigación y la metodología de la intervención están interpenetradas recíprocamente, y «la información y la implicación mezcladas» (R. Lourau, 1980: 154). La impronta práxica tiene su origen, como la impronta empírica, en el carácter autopoietico de la construcción del inconsciente social —de la Institución— en cada institución. Expresamente:

«la propuesta del Movimiento Institucionalista, ¿acaso no invierte la máxima “conocer para transformar”, sugiriendo, al contrario, que el concepto de Institución, en cuanto inconsciente político de la sociedad, implica la intervención?» (H. Conde Rodrigues, en VV.AA., 3: 98).

El A.I. ofrece una metodología que se distingue por la «Praxis» y la «Empiria», pero que no puede ofrecer una «Teoría», una fundamentación autónoma, independiente de la práctica/empiria de la autonomía, de la autopoiesis de la Institución en cuyo cierre autoobservacional el analizador se produce; es justamente en virtud de las marcas diacríticas —el ser empírico/práctico—, que lo hacen tan operativo, que el analizador «construido» no puede construir modelos. El analizador «es un movimiento social, parte de un movimiento social» no, o no sólo, por la impronta práctica/concreta de su intervención en instituciones de relevancia social —escuelas, hospitales psiquiátricos, etc.—, glosando a J. A. Schülein (p. 113), sino ante todo, inconfundiblemente, porque está compartiendo con los movimientos sociales una condición estructural definidora: a ambos, al analizador y a los movimientos sociales —como apunta el modelo autopoietico de los nuevos movimientos sociales—, «les falta teoría. Consecuentemente, les falta también la posibilidad de controlar las diferencias sobre las cuales elaboran sus observaciones» (N. Luhmann, 1986: 234). La identificación funcional con un nuevo movimiento social, como el ecologista, siguiendo el hilo de esta reflexión comparativa, puede llevarse más lejos, hasta una paráfrasis de la cuestión luhmanniana sobre el ecologismo que se desprende, como consecuencia lógica, del argumento del «déficit inmanente de teoría»:

«¿no quedaría intrínsecamente dañado en sus propios fundamentos [el analizador] si se apropiase de una Teoría, como le sucedería a la teología —que destruiría su propia motivación, la religión— si introdujese en su reflexión una descripción sociológica o de teoría de sistemas?» (N. Luhmann, 1987: 111).

Tenida en cuenta la «Praxis/Empiria sociocibernética» del analizador, ¿cómo inyectar en él teoría social de sistemas autopoieticos sin que se

desintegre al desvanecerse de él esas dos marcas que lo convierten en fundamento isomórfico de la operacionalización del modelo autopoiético de los nuevos movimientos sociales?

III

Recapitulando, pues: en el análisis de los nuevos movimientos sociales como sistemas autopoiéticos, el investigador se encuentra en el dilema de tener que elegir entre la Escala de un constructivismo «sin empiria» y el Caribdis de un constructivismo «sin teoría».

Pensamos, como ya anunciábamos anteriormente, que la (di)solución de este «punto ciego» pasa, en primer lugar, por la redimensionalización de la teoría de sistemas autopoiéticos a la luz de otras teorías de los movimientos sociales que, siendo igualmente «constructivistas» (y no esencialistas) respecto a la identidad de los actores colectivos, fundamentan su constructivismo en otros principios cibernéticos —que no sean la (auto)poiesis— o en principios «cibernetizables». Lo que proponemos como intento de desbloqueo no es sino un posible proyecto de aplicación del modelo de factualización de la comparación interteórica de B. Giesen y M. Schmid, en el curso del cual el constructivismo cibernético de la (auto)poiesis sea «factualizado» mediante el constructivismo fenomenológico y el constructivismo cibernético de la «praxis». La posibilitación de una factualización cualitativa QF_1 , con continuidad del *explanandum* de la teoría pero con introducción de nuevas dimensiones de análisis operacionalizadoras por el cambio de nivel (B. Giesen/Schmid: 246), podría tender un puente:

— En primer lugar, sobre el hiato entre «poiesis» y «praxis». La conexión entre ambos principios ya está en ciernes en K. Eder (1987) con su teoría de la autopoiesis de la sociedad mediante procesos prácticos de aprendizaje colectivo, o en W. V. Heydebrand (1983) con su teoría de la organización como proceso o forma de praxis de autotransformación de los actores colectivos.

— En segundo lugar, entre la «galaxia “auto”» y la «galaxia “alo”» (utilizando terminología de G. Teubner), es decir, entre «sistema social autopoiético» y «acción social constructiva» (Haferkamp, 1987). Para Haferkamp, la misma definición de «autopoiesis», como proceso autorreferencial mediante el cual los sistemas se producen a sí mismos a través de la comunicación, supone la inconmensurabilidad teórica del «constructivismo de la autopoiesis» con el «constructivismo fenomenológico», ya que éste sigue una argumentación interaccionista y concluye que la realidad social es construida activamente por unos agentes que no están en el extrarradio, en la periferia del sistema —en el «ambiente»

del sistema, diría Luhmann—, sino en su centro. Con la reelaboración del concepto de «macroactor» de Callon/Latour, Haferkamp busca una mediación en la oposición llevándola «al molino» de los constructivistas fenomenológico-interaccionistas antisistémicos. Pero un intento de solución puede buscarse, aún más eficazmente en el caso de los nuevos movimientos sociales, en el núcleo mismo del programa de investigación de la teoría de sistemas autopoieticos, pues, como escribe S. Fuchs (1988: 455):

«Haferkamp no interpreta correctamente la versión luhmanniana de la teoría de sistemas al pensar que está orientada fundamentalmente hacia la realidad macrosocial, mientras que la teoría de Luhmann es mucho más “micro” de lo que llega a captar Haferkamp: la principal cuestión para Luhmann es la de la emergencia de los sistemas sociales»;

y la síntesis de la teoría constructivista de la acción y la teoría constructivista autopoietica de sistemas dentro de esta última aún se pueden apurar más, hasta el extremo que remacha J. Berger en su percepción del «giro fenomenológico» de la más reciente teoría de sistemas:

«lo que realmente se produce [en la teoría de sistemas sociales] es una reformulación de la teoría de la acción en términos de teoría de sistemas, una especie de «fenomenología cibernética». El «giro fenomenológico» está precisamente condicionado por la valoración del concepto de autopoiesis. Lo sistémico de la teoría de sistemas es sólo su tipo de análisis cibernético o sin sujeto» (J. Berger, 1987: 132).

Presumiendo esta doble factualización incipiente se podría intentar ya operacionalizar la sociocibernética de los nuevos movimientos sociales, una vez incorporadas a su programa de investigación, junto a la autopoiesis, la «praxis» del constructivismo del aprendizaje y, lo que es importante, la «empíria» —el bagaje de la operacionalización conceptual para la investigación— tan intensamente desarrollada en el «paradigma de la identidad» de los nuevos movimientos sociales en clave constructivista fenomenológica (véase Diani/Melucci: 344 y ss.).

IV

Nos queda ahora por reducir un segundo foco de resistencia beligerante a la operacionalización de los modelos de autopoiesis de los nuevos movimientos sociales: el déficit de «teoría interna» intrínseco al carácter práctico/concreto del analizador social, que se presenta realmente como

inhibidor del engastamiento del «constructivismo teórico radical» —el autopoietico y operacionalizable con la mediación esbozada— y el «constructivismo empírico radical» —el contrincante fornido que supone el analizador.

Para salvar el obstáculo de una «empíria» irreductible adoptaremos un punto de vista que llamaremos «postempírico». Entendemos este concepto no sólo como sinónimo de «postpositivista» —y no opuesto, por tanto, a «empírico»—, sino, sobre todo, en la acepción de D. Zolo, que lo aplica a aquel tipo de investigación empírica que incorpora a su explicación la complejidad, la contingencia y la autorreferencia (D. Zolo, 1985). Adoptar esta perspectiva supone, metaempíricamente, observar sociosistémicamente la praxis de investigación constructivista del «analizador» de los nuevos movimientos sociales.

Para reconstruir postempíricamente la empíria del analizador como metodología constructivista —superando la imposibilidad de teoría y empíria en su interior— creemos que hay que empezar por llevar la misma dicotomía entre «teoría» y «empíria» bajo la lente de aumento de la teoría de sistemas sociales autopoieticos y de su teoría de la diferenciación social, al igual que Luhmann (1987b: 125-126) lo hace con otra oposición sociológica clásica, «micro/macro», para obtener una oposición sistémica, «interacción-sociedad», superadora de las aporías de la distinción clásica. Hay que negar entonces la oposición «teoría-empíria» como *distinción de niveles* —en la que se anatemiza la autorreferencia como paradoja o tautología y se reduce la complejidad de la descripción al desconsiderarse las interdependencias recíprocas entre los niveles— y afirmarla empíricamente como *distinción de sistemas autorreferenciales*.

La fundamentación de esta estrategia la pueden ofrecer quizá los sociólogos de la ciencia defensores del paradigma sociosistémico al analizar comparativa, histórica y teóricamente el proceso de diferenciación de la ciencia como sistema autopoietico y las formas de su interacción con otros sistemas sociales como la política y la economía (para un análisis más complejo del cierre operacional de la ciencia como subsistema social —que nosotros limitaremos sólo a un aspecto—, remitimos al curioso a J. Klüver: 27 y ss.).

La ciencia se autonomiza como sistema social mediante el procesamiento autorreferencial de dos tipos de operaciones elementales, la comunicación y la acción, que se corresponden con la «publicación» y la «investigación» (R. Stichweh, 1987: 425). Característico del cierre como sistema de la ciencia es el acoplamiento flexible —*loosely coupled systems*— de ambos subsistemas, de forma que se complemente la mayor apertura relativa del sistema de la «investigación» con el mayor cierre del sistema de la «publicación» —*autopoiesis-allopoiesis interplay*—. Dentro del sistema de la ciencia hay diferenciaciones internas en «disciplinas», en las cuales el acoplamiento se realiza de forma distinta. Lo que, a nuestro modo de ver, es

característico de la ciencia social —en la perspectiva sociosistémica— es la materialización de la separación entre comunicación y acción en una diferenciación muy fuerte de «teoría/investigación» o «teoría/empiría»⁴. Este tipo de acoplamiento funcional, como vemos, es patente en el caso del estudio constructivista de los movimientos sociales: el «analizador», el subsistema de la empiria, está desconectado de la sociocibernética, el subsistema de la teoría, lo que lleva parejo, todo junto, la desconexión del sistema autopoietico «ciencia» y del sistema autopoietico «nuevo movimiento social».

¿Cómo construir un analizador de los nuevos movimientos sociales en el que se consume una conexión intersistémica «teoría-empiría»? O, formulado de otra forma, ¿cómo articular inconsútilmente los tres sistemas en un analizador teórico-empírico de los nuevos movimientos sociales?

No disponemos de una respuesta contundente y concisa, pero sí de una propuesta cuando menos verosímil, que consistiría en hacerlo introduciendo en la argumentación una *cuartum datur* —véase figura 3— (si hacemos un juego de palabras con *tertium non datur*).

Creemos que la solución está en recorrer en sentido opuesto la dirección teórica que recorriamos en un apartado anterior. Si antes, para sentar las bases de la operacionalización del modelo sistémico de la autopoiesis, hemos permeado la «autopoiesis» de «praxis» y de «empiría», lo que proponemos intentar ahora —*ceteris paribus* la característica práctica/concreta del analizador— es «insuflar» autopoiesis en la praxis y en la empiria. Sería éste un experimento mental inspirado en las tesis del «situacionismo metodológico» que, una vez practicado, permitiría ver las afinidades del constructivismo autopoietico y el constructivismo empírico —que los situacionistas defienden como metodología de investigación para su sociología de la ciencia— precisamente en sus respectivos núcleos conceptuales: el de autopoiesis, en el primero, y el de «facticidad local», en el segundo (K. Knorr-Cetina, 1989: 86). Reconociendo el carácter *sui generis* de lo situacional⁵ se puede postular tanto el cierre autopoietico de las situacio-

⁴ Las oposiciones entre comprensión y explicación, entre técnicas de investigación cualitativas y técnicas de investigación cuantitativas, o entre el estudio comparativo de casos y el estudio estadístico de variables, vendrían a adquirir en esta perspectiva el estatus de distinciones funcionales en el proceso de cierre de las ciencias sociales, en su diferenciación social e institucional en el seno de las ciencias en general. Podrían verse, entonces, como una forma de autoobservación, una diferencia producida autorreferencialmente a partir de otra diferencia, la *distinction directrice* teoría-empiría. Quizá constituyese una tarea plausible de investigación por sí misma el seguimiento de la sociogénesis de la autoobservación a través de estas diferencias en la «historia externa» de la sociología, al hilo de su propio proceso de institucionalización académica y política, y no sólo, como es usual, en la «historia interna» de las configuraciones sucesivas de la relación sujeto-objeto (la «doble hermenéutica» giddensiana) en el discurso metodológico de las ciencias sociales.

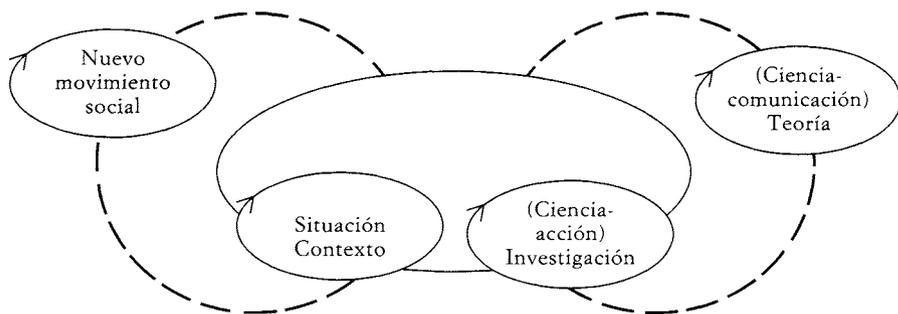
⁵ Para el análisis microsociológico de la ciencia en la perspectiva constructivista, los laboratorios científicos dejan de ser meros *contextos* pasivos de la investigación para convertirse en *textos* en sí mismos necesitados de interpretación dado su papel activo en la configuración del hecho científico. El laboratorio no es una *tabula rasa*, un recipiente en el

nes —«las situaciones constituyen “pequeños sistemas”» (K. Knorr-Cetina, 1988: 28)— como, siguiendo a Uwe Schimank (1988: 635 y ss.), establecer el carácter «práctico» del cierre de los subsistemas sociales por parte de los actores en las situaciones concretas. En ambos casos, los dos sistemas, tanto el sistema «teoría» —según los análisis del constructivismo sociológico de la actividad científica— como el sistema «movimiento social» —según el modelo autopoiético del movimiento que ve en la motivación

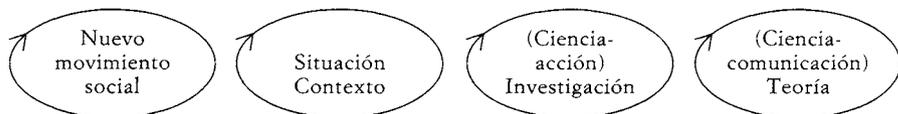
FIGURA 3

El analizador como «hiperciclo situacional»

2. Componentes entrelazados hipercíclicamente



1. Componentes constituidos autorreferencialmente



FUENTE: El autor, inspirándose en G. Teubner (1989: 50).

que cristaliza asépticamente la ciencia, sino una auténtica «fábrica de conocimiento» que estructura concretamente el proceso práctico de investigación científica. Las estrategias cognitivas y las rutinas comunicativas para la producción del conocimiento científico no habitan una esfera de ideas platónicas; todo lo contrario, están localizadas, mediadas temporalmente y materialmente, en el laboratorio, que, entonces, puede entenderse como un verdadero «nicho ecológico» para la ciencia. Esta constatación en el campo de la sociología de la ciencia genera el concepto de la «facticidad local» de las construcciones sociales de la realidad al ser trasplantado a la sociología del conocimiento y la teoría sociológica en general (véase Knorr-Cetina).

expresa de la movilización una mera coartada, un mero símbolo de la autopoiesis del movimiento como sistema—, devienen «ficciones prácticas» (U. Schimank) o «representaciones» (K. Knorr-Cetina) que, manteniendo su autonomía, evolucionan paralelamente con las «provincias de práctica social» que son los otros dos sistemas —la «situación» y la «investigación».

Tendremos, entonces, un «anализador social» en el momento en que se alcance esta «paralelización de estructuras» (K. Knorr-Cetina) o, en semántica sociosistémica, un acoplamiento de cierres autorreferenciales —*autopoiesis de primer orden*— mediante el cual éstos se entrelacen prácticamente entre sí, co-produciéndose mutuamente —*autopoiesis de segundo orden*— en un «hiperciclo» (G. Teubner, 1989: 36 y ss.).

El analizador social retiene así su carácter práctico/empírico constituido en «proceso de co-construcción» (F. Steier: 132), en tanto en cuanto la investigación social sobre el movimiento social posee un *status* de mínima transferencia comunicativa en el contexto de las operaciones de los demás sistemas y en forma de mera «intervención contextual» (H. Willke, 1989). Pero, simultáneamente, al estar constituida la teoría en sistema/ambiente de la investigación, con la que puede co-evolucionar puntual y condicionalmente en una «cadena pragmática», el analizador cataliza localmente un «cierre epistemo-praxeológico» (R. Vallee: 268) en virtud del cual teoría e investigación se entrecruzan para fabricar «modelos densos» en situación⁶.

⁶ Véase Pawson para el ensayo de un «postempirismo situacionista» en un sentido que, pensamos, es convergente con el propuesto, aunque provenga no de la epistemología constructivista de la autorreferencia, sino de la «realista» o «naturalista» de los «mecanismos generativos». Este autor, en la elaboración de unas «nuevas reglas de la medición sociológica» cuantitativa, subraya explícitamente la importancia de la situación en la que se producen las regularidades sociales. Textualmente: «Primero: cualquier relación empírica que requiera explicación deberá ser interpretada como consecuencia de la acción de un *mecanismo generativo*. Segundo: en tanto en cuanto se presume que todos los mecanismos generativos están localizados cuando actúan, será necesario especificar el *contexto social* en el que se espera que va a operar el mecanismo particular. Esto implicará una definición exhaustiva de las características sociales del grupo o posición que va a estudiarse, antes que la suposición de que los mecanismos (y por tanto las leyes) actúan uniformemente sobre las muestras de la población general» (p. 213). De lo que se deduce, según este autor, que en la investigación empírica postempiricista los contextos particulares son tan importantes como los propios mecanismos generativos «latentes» o las regularidades sociales observadas. «Todas las hipótesis empíricas deben prestar igual atención a estos tres elementos» (p. 324).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALHEMEYER, Heinrich W. (1989): «Was ist eine soziale Bewegung? Zur Distinktion und Einheit eines sozialen Phänomens», *Zeitschrift für Soziologie*, vol. 18, núm. 3, pp. 175-191.
- BAREL, Yves (1984): *La société du vide*, París, Editions du Seuil.
- BERGER, Johannes (1987): «Autopoiesis: Wie "systemisch" ist die Theorie sozialer Systeme?», en Hans HAFERKAMP/Michael SCHMID (Hrg.), *Sinn, Kommunikation und soziale Differenzierung. Beiträge zu Luhmanns Theorie sozialer Systeme*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, pp. 129-152.
- BERGMANN, Werner (1987): «Was bewegt die soziale Bewegung? Überlegungen zur Selbstkonstitution der "neuen" sozialen Bewegungen», en Dirk BAECKER *et al.* (Hrg.), *Theorie als Passion. Niklas Luhmann zum 60. Geburtstag*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, pp. 326-393.
- CASTORIADIS, Cornelius (1983): «La logique des magmes et la question de l'autonomie», en Paul DIMOUCHEL/Jean-Pierre DUPUY (sous la direction de), *L'auto-organisation: de la physique au politique*, París, Ed. du Seuil, pp. 421-443.
- COHEN, Gerard A. (1978), *Karl Marx's Theory of History: a Defense*, Oxford, Oxford U. P.
- COTESTA, Vittorio (1988): «Media della comunicazione e azione sociale. Il conflitto nella teoria sociologica dei sistemi», en Enzo BARTOCCI (a cura di), *Mutamento e conflitto nella società neo-industriale*, Milano, Franco Angeli, pp. 56-63.
- DIANI, Mario/MELUCCI, Alberto (1988): «Searching for autonomy: the sociology of social movements in Italy», *Social Sciences Information*, vol. 27, núm. 3, pp. 333-363.
- DRUWE, Ulrich (1988): «Selbstorganisation in den Sozialwissenschaften. Wissenschafts — theoretische Anmerkungen zur Übertragung der naturwissenschaftlichen Selbstorganisationsmodelle auf sozialwissenschaftliche Fragestellungen», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 40, pp. 762-775.
- DUPUY, Jean-Pierre (1982): *Ordres et désordres. Enquête sur un nouveau paradigme*, París, Ed. du Seuil.
- EDER, Klaus (1987): «Learning and the Evolution of Social Systems. An Epigenetic Perspective», en Michael SCHMID/Franz M. WUKETIS (comps.), *Evolutionary Theory in Social Science*, Dordrecht, etc.; D. Reidel P. C., pp. 101-125.
- FABBRI, Donata (1989): «Norme, cambiamento e identità: una interpretazione sistemica», *Sociologia del Lavoro*, núm. 37, pp. 89-102.
- FUCHS, Stephan (1988): «Review of "Sinn, Kommunikation und soziale Differenzierung: Beiträge zu Luhmanns Theorie sozialer Systeme" edited by M. Haferkamp and Michael Schmid», *Contemporary Sociology*.
- GIESEN, Bernard/SCHMID, Michael (1978): «Methodologische Modelle und soziologische Theorien», en Karl Otto HONDRICH/Joachim MATTHES (Hrg.), *Theorienvergleich in den Sozialwissenschaften*, Darmstadt und Neuwied, Hermann Luchterhand, pp. 232-254.
- HAFERKAMP, Hans (1987): «Autopoietisches soziales System oder konstruktives soziales Handeln? Zur Ankunft der Handlungstheorie und zur Abweisung empirischer Forschung in Niklas Luhmanns Systemtheorie», en Hans HAFERKAMP/Michel SCHMID (Hrg.), *Sinn, Kommunikation und soziale Differenzierung. Beiträge zu Luhmanns Theorie Systeme*, Frankfurt a. M., Suhrkamp Verlag, pp. 51-88.
- HAFERKAMP, Hans (1988): «Review of "Ökologische Kommunikation: Kann die moderne Gesellschaft sich auf ökologische Gefährdungen einstellen?" by Niklas Luhmann», *Contemporary Sociology*, vol. 17, 3, pp. 424-426.
- HEIJL, Peter M. (1987): «Konstruktion der sozialen Konstruktion: Grundlinien einer konstruktivistischen Sozialtheorie», en Sigfried J. SCHMIDT (Hrg.), *Der Diskurs des radikalen Konstruktivismus*, Frankfurt a. M., Suhrkamp Verlag, pp. 303-339.
- HEYDEBRANDT, Wolf W. (1983): «Organization and Praxis», en Gareth MORGAN (ed.), *Beyond Method. Strategies for Social Research*, Beverly Hills, etc.; Sage, pp. 306-320.
- HIMMELSTRAND, Ulf (1978): «Aktionsforschung und angewandte Sozialwissenschaft», en H. MOSER/H. ORNAUER, (Hrsg.); *Internationale Aspekte der Aktionsforschung*, München, Kösel-Verlag, pp. 51-77.

- IBÁÑEZ, Jesús (Ed.) (1990): *Nuevos avances en la investigación social. La investigación social de segundo orden*, Barcelona, Anthropos.
- JAPP, Klaus P. (1986): «Kollektive Akteure als soziale Systeme?», en Hans-Jürgen UNVERFERTH (Hrg.), *System und Selbstproduktion. Zur Erschliessung eines neues Paradigmas in den Sozialwissenschaften*, Frankfurt a. M., etc.; Peter Lang Verlag, pp. 166-191.
- KLÜVER, Jürgen (1988): *Die Konstruktion der sozialen Realität Wissenschaft: Alltag und System*, Braunschweig/Wiesbaden, Fried. Vieweg & Sohn.
- KNORR-CETINA, K. (1988): «The micro-social order. Towards a reconception», en Nigel G. FIELDING (ed.), *Action and Structure. Research Methods and Social Theory*, Beverly Hills, etc.; Sage, pp. 21-53.
- (1989): «Spielarten des Konstruktivismus. Einige Notizen und Anmerkungen», *Soziale Welt*, Vol. 40, pp. 86-96.
- LAMO DE ESPINOSA, Emilio (1990): *La sociedad reflexiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LOURAU, René (1980): *El Estado y el inconsciente. Ensayo de sociología política*, Barcelona, Ed. Kairós.
- LUHMANN, Niklas (1984): *Soziale Systeme. Grundriss einer allgemeinen Theorie*, Frankfurt a. M., Suhrkamp Verlag.
- (1986): *Ökologische Kommunikation: kann die moderne Gesellschaft sich auf ökologische Gefährdungen einstellen?*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- (1987a): *Archimedes und wir*, Berlin, Merve Verlag.
- (1987b): «The evolutionary differentiation between society and interaction», en Jeffrey C. ALEXANDER et al. (eds.), *The Micro-Macro Link*, Berkeley, University of California Press, pp. 112-131.
- MELUCCI, Alberto (1984): «An end to social movements? Introductory paper to the sessions on "new movements and change in organizational forms"», *Social Science Information*, vol. 23, núm. 415, pp. 819-835.
- MENZIES, Ken (1982): *Sociological theory in use*, London, Routledge & Kegan Paul.
- NAEGELER, Günter (1988): «Sublimierungskonzept und Komplementaritätsprinzip. Bemerkungen zum Verhältnis von Psychoanalyse und Soziologie», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 40, pp. 464-484.
- PAWSON, Ray (1989): *A measure for measures. A manifesto for empirical sociology*, London/New York, Routledge.
- PLUYMAEKERS, Jacques (1989): «L'institution, une théorie ou une pratique?», en J. PLUYMAEKERS (ed.), *Familles, institutions et approche systémique*, París, Les Editions ESF, pp. 24-29.
- RAPOPORT, Anatol (1986): *General system theory. Essential concepts & applications*, Cambridge, Mass., etc.; Abous Press.
- SCHIMANK, Uwe (1988): «Gesellschaftliche Teilsysteme als Akteurfiktionen», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 40, pp. 619-639.
- SCHÜLEN, Johann August (1987): *Theorie der Institution. Eine dogmengeschichtliche und konzeptionelle Analyse*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- STEIER, Frederick (1989): «Issues in constructing a second-order cybernetic methodology in culture», en Gerard DE ZEEUW/Ranulph GLANVILLE (eds.), *Support, Society and Culture. Mutual Uses of Cybernetics and Science*, Proceedings Conference, Amsterdam, pp. 130-134.
- STICHWEH, Rudolph (1987): «Die Autopoiesis der Wissenschaft», en Dirk BAECKER et al. (Hrg.), *Theorie als Passion. Niklas Luhmann zum 60. Geburtstag*, Frankfurt a. M., Suhrkamp Verlag, pp. 447-481.
- TEUBNER, Günther (1989): *Recht als autopoietisches System*, Frankfurt a. M., Suhrkamp Verlag.
- UMPLEBY, Stuart (1989): «The Science of Cybernetic and the Cybernetics of Science», en Gerard DE ZEEUW/Ranulph GLANVILLE (eds.), *Support, Society and Culture. Mutual Uses of Cybernetics and Science*, Proceedings Conference, Amsterdam, pp. 130-134.
- VALLEE, Robert (1987): «Theorie des systemes, cybernetique, et "epistemo-praxeologie"», en Juan Carlos PALAVECINO (ed.), *Cibernetica, ordinadors i teoria de sistemes*, Actes de Interkibernetik'87, Conferencia Internacional de TAKIS, Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 267-269.

- VARELA, Francisco (1987): «L'individualité: l'autonomie du vivant», en VV.AA., *Sur l'individu*, París, Ed. du Seuil, pp. 88-94.
- VON FOERSTER, Heinz (1981): «On Cybernetics of Cybernetics and Social Theory», en Gerhard ROTH/Helmut SCHWEGLER (eds.), *Self-organizing systems. An Interdisciplinary approach*, Frankfurt/New York, Campus Verlag, pp. 102-105.
- VV.AA., 1 (1977): *El análisis institucional (Por un cambio de las instituciones)*, Madrid, Campo Abierto Ediciones.
- VV.AA., 2 (1981): *La intervención institucional*, México, Folios Ediciones.
- VV.AA., 3 (1983): *El inconsciente institucional*, México, Ediciones Nuevomar.
- WILLKE, Helmut (1989): «La théorie autopoïétique du droit: autonomie du droit et transférences contextuelles», en Paul AMSELER/Christophe GRZEGORCZYK (sous la direction de), *Controverses autour de l'ontologie du droit*, París, Presses Universitaires de France, pp. 161-177.
- ZOLO, Danilo (1985): «I possibili rapporti fra filosofia politica e scienza politica. Una proposta post-empiristica», *Teoria Politica*, I, núm. 3, pp. 91-109.
- (1986): «Autopoiesis, autoreferenza, circolarità: un nuovo paradigma della teoria dei sistemi?», en Enrico M. FORNI (a cura di), *Teoria dei sistemi e razionalità sociale*, Bologna, Nuova Universale Cappelli, pp. 28-44.